

La Construcción de la Identidad Sexuada.

Concepció Garriga i Setó

Hay una pregunta que hace tiempo que me hago, y que quiero abrir aquí: es la de si hay que tener en cuenta la identidad de género y la inclinación sexual de la persona en el desarrollo de un análisis o una terapia.

Creo que nuestros círculos profesionales, y los distintos estamentos del AB particularmente, no otorgan mucha atención a la construcción de la identidad de género y de la orientación sexual de las personas, en el sentido que en estas construcciones intervienen una variedad de factores que las hacen muy complejas, incluyendo cosas como la cultura propia y del grupo al cual la persona pertenece, la cultura predominante en la que está inmersa y la historia del desarrollo particular de esta persona durante los primeros años de vida y todo el resto de años que ha vivido en el si de una familia particular.

Con esta charla quiero traer algunos elementos de este debate a la SOMAB, ya que hay muchas aportaciones que sacuden el edificio de las teorías psicoanalítica que están en la base de nuestro enfoque.

Al tratar el tema del género y la sexualidad hay dos peligros principales: 1) El peligro de generalizar, y que estas generalizaciones se conviertan en afirmaciones y dogmas: Que se opongan todos los hombres a todas las mujeres y se crea que sólo hay una masculinidad y una feminidad y una manera de amar (la heterosexual) más que una variedad; y que éstas se conviertan en normativas, 2) el peligro de ignorar la diferencia (y desigualdad) entre los géneros, que hay y mucha, y que tiene importancia para nuestros/nuestras pacientes, y para nosotros mismos/as como terapeutas.

Mi punto de vista es que el AB, -al menos tal como me ha llegado a partir de los/las formadores/as que he tenido, y tal como lo veo a partir de las lecturas que publica el IIBA, los libros de Lowen y el Journal- ha hecho esto, es decir, ignorar la desigualdad, pero yo aún diría más, lo que ha hecho es negarla. Y esto es de una importancia decisiva cara a nuestros/as pacientes. Tanta, que pueden sentir que su experiencia no queda recogida, o que sientan que no son debidamente atendidos.

En realidad yo creo que el AB cae en los dos peligros; que fácilmente se convierte en normativista y dogmática, patologizando conductas y actitudes que tienen su razón de ser, y condenarlas, en vez de explicárselas y ayudar a la persona a continuar explorando en la dirección de su deseo.

En el segundo sentido, sinceramente, creo que en nuestra asociación hay una fuerte negación de la dominación histórica de las mujeres. Y que esto tiene mucha importancia para la clínica, en primer lugar porque atendemos a muchas mujeres y luego porque es importante para el análisis de cada una poder explorar por donde ha pasado esta dominación para cada una, a fin de

poder expresar las emociones que esta vivencia ha comportado y de poder proseguir el desarrollo personal y evitar que esto se vuelva a repetir.

Voy a hablar de la desigualdad que crean las relaciones de dominación y que tienen su origen en el momento de la construcción de la identidad sexuada (como hombres o como mujeres), masculinos/as y/o femeninos/as, homo o heterosexuales. Ahora afirmo e intentaré demostrar que según los arreglos culturales dominantes, el hombre, la masculinidad y la heterosexualidad tienen un papel predominante, a nivel cultural, psicológico y social. Lo haré de la mano de Jéssica Benjamin.

.....

La concepción psicoanalítica freudiana del desarrollo fue completada en la década de los 60 por Margaret Mahler, quien describió el proceso gradual de la criatura desde la indiferenciación de la simbiosis con la madre hasta la separación-individuación hacia la autonomía. Esta descripción llevaba a una posición final del desarrollo consistente en una persona separada, independiente. Llevaba a una posición individualista.

Pero en los 80 apareció la teoría de Daniel Stern que muestra como la criatura no es aquel ser indeferenciado que se creía, sino que desde tan pronto como los 4 meses de vida ya empieza a iniciar juegos de comunicación con la persona que lo está cuidando. A esta teoría la llamó intersubjetividad. Sostiene que en esta primera comunicación incipiente ya hay dos sujetos en interacción.

La primera teoría es una teoría de la internalización, que supone un sujeto que incorpora la acción de los objetos; mientras que en la teoría de la intersubjetividad encontramos dos sujetos que se reconocen el uno al otro.

La visión intrasubjetiva tradicional está basada en la complementariedad en la relación, es decir, hay un sujeto que se desarrolla con la ayuda de los objetos que le estimulan, esto supone una mente que tiene un mecanismo dual (sujeto-objeto, unicidad-separación; ...) en contraposición con la teoría de la intersubjetividad que requiere una noción de mutualidad que contiene uno de los "insights" más importantes que es que la igualdad y la diferencia existen simultáneamente. Ve la relación entre el yo y el otro, con su tensión entre igualdad y diferencia, como un intercambio continuo de influencias.

Contrariamente, la intrasubjetiva contempla al individuo como un sistema cerrado, que no puede explicar el proceso simultáneo de transformar y ser transformado/ada. En este sistema, cuando la tensión o el conflicto entre contrarios es demasiado intenso, la psique renuncia a la paradoja en favor de la polaridad. Esta polarización permite a) que el yo se aleje de la dependencia; b) pone el escenario para la dominación, ya que los opuestos ya no pueden continuar integrados, un lado es devaluado y el otro idealizado. (Se ha producido el "split", el corte).

La dominación empieza con el intento de la criatura de negar la dependencia: la criatura tiene que vivir una paradoja, no sólo tiene que llegar a conseguir la

independencia, sino que tiene que ser reconocido como independiente por las mismas personas de las que ha sido más dependiente. En este punto muchas cosas pueden ir mal. Puede pasar que la criatura no abandone la fantasía de omnipotencia y pueda creerse que puede ser independiente sin reconocer al otro. Puede creer que la otra persona no está separada. O puede continuar viendo a la madre como omnipotente y a sí misma como desvalida.

Otra posibilidad es que ya que el sujeto no puede aceptar su dependencia de alguien a quien no puede controlar, encuentre la solución en subyugarlo para hacerle dar el reconocimiento sin darlo a su vez de vuelta. Acaba sucediendo que el más fuerte hace del otro su esclavo.

Dominación y diferencias sexuales.

Miremos el curso característico que toma cada género en el proceso de diferenciación inicial.

Las mujeres han sido tradicionalmente las cuidadoras, por lo tanto, tanto los niños como las niñas se han tenido que diferenciar en relación a una mujer.

Para el hombre típico la diferenciación es difícil. Todas las criaturas se identifican con la primera persona amada. El niño tiene que disolver esta primera identificación y definirse como el género distinto. Inicialmente todas las criaturas se sienten como su madre, los niños descubren que no se pueden convertir en ella, sólo la pueden tener. Esto lleva a una ruptura de la identificación primaria que se había formado con la hembra y con la feminidad, para alcanzar la masculinidad. Esta gran tarea puede ir mal.

Para el niño, que tiene que ser confirmado tanto como persona separada como masculino, es difícil distinguir estos dos conceptos. El hecho de identificarse como masculino le hace enfatizar un único aspecto de la balanza, el de la diferenciación, sobre el compartir. (Intensifica la polaridad y el corte), en vez de relacionarse desde el reconocimiento mutuo, ve a la otra, especialmente a la mujer, como objeto. La racionalidad sustituye el intercambio afectivo. El proceso se llama “falsa diferenciación”.

El énfasis en la diferenciación es debido al mecanismo de defensa contra la fantasía del poder materno, el miedo a ser reabsorbido, el peligro de retorno a la unidad con la madre, que puede ser evocado por cualquier experiencia profunda de dependencia (física o emocional), como el amor erótico. Ante el miedo a perder la diferencia hay una manera de defenderse: invertir la relación de poder, de manera que ahora el dominador controle a la otra. La violación es la máxima expresión de esta posición.

La vulnerabilidad de una masculinidad forjada en el crisol de la feminidad pone las bases para la objetificación de las mujeres. La madre representa el prototipo del objeto indiferenciado. Además hasta hace poco “hombre” e “individuo” eran sinónimos. En occidente la imagen del “otro” que predomina no es la de una presencia vitalmente real, sino más bien la de un objeto

cognitivamente percibido. Es en este sentido que podemos hablar de falsa diferenciación.

El complemento al rechazo del hombre a reconocer el otro es la propia aceptación de la mujer de su falta de subjetividad, su predisposición a ofrecer reconocimiento sin esperarlo de vuelta. Tal como pide el ideal materno como modelo de autoabnegación, imagen espejo de la del hombre, la negación del yo.

A la niña no le es necesario cambiar la identificación con la madre. Esto hace que su identidad sea menos problemática, pero es una desventaja que no tenga manera de desidentificarse de su madre, que no tenga ningún contraste de separación. La tendencia femenina consiste no en enfatizar sino en submanifiestar la independencia.

Las madres tienden a identificarse con sus hijas; mientras empujan a sus hijos a salir del nido, tienen mayores dificultades a separarse de las hijas. Por tanto es más probable que las niñas teman la separación. Así la relación de la niña con la madre que enfatiza la fusión y la continuidad contra la individualidad y la independencia, proporciona el suelo fértil para la sumisión.

El ejercicio de la independencia es experimentado como peligroso, en el sentido que, si la madre ha sacrificado su propia independencia, el intento de ser independiente de la hija significa una autoafirmación de poder para la cual no tiene base de identificación, ya que el sentido del yo de la niña se forma al darse cuenta que la fuente de poder de la madre reside en su autosacrificio. Para la niña la agonía de autoafirmar la diferencia es que destruirá a su madre que no es sólo un objeto de amor sino un pilar de la identificación.

La feminidad y la maternidad tal como las conocemos están teñidas de sumisión, autoabnegación y desesperanza, escondiendo o negando el poder que como madres ejercitan. La asociación de feminidad con masoquismo persiste en la cultura pero la explicación no la tenemos que buscar en el aprendizaje social, que la refuerza, sino en los procesos psicológicos subyacentes.

Esta renuncia de la madre de su subjetividad es un impedimento muy grande para que las criaturas puedan experimentar la destrucción y supervivencia con éxito que permiten la plena diferenciación.

Sólo una madre que se sienta con derecho a ser persona puede ser contemplada como tal por su criatura, sólo una madre así puede apreciar y poner límites a la agresión inevitable y a la ansiedad que acompañan la independencia creciente de una criatura. Sólo alguien que ha alcanzado una subjetividad completa puede sobrevivir a la destrucción y permitir una diferenciación completa. Pero esto parece intolerable para el narcisismo adulto.

Es importante que los límites que pone la madre provengan de la afirmación de su propia identidad separada, de sus propias limitaciones. Así dejará el patrón maternal de darlo todo, que finalmente es un ideal de omnipotencia.

La estructura de la individuación que impregna nuestra cultura, y que privilegia la separación sobre la dependencia, tiene que ser criticada a la luz de la visión de un equilibrio en el que ningún polo domine sobre el otro, en el que se sostenga la paradoja.

Actualmente, que no estamos tan ligados/as a los roles sexuales como antes, hay mujeres en algunos sectores de la sociedad que pueden adoptar la misma autonomía, la misma "falsa diferenciación" a expensas del reconocimiento real y la sintonía, que hasta ahora han caracterizado el ideal masculino de individualidad. El estereotipo de la mujer de carrera consiste en que puede ser tan distante e impersonal como un hombre. Pero esta individuación basada e la negación de los otros no es una liberación.

La liberación consiste en el reconocimiento del otro, en redescubrir la tensión perdida entre el yo y el otro. Esta tensión, este frágil equilibrio sólo se puede sostener si se ha vivido la experiencia del reconocimiento, el encuentro de personas separadas. El anhelo por el reconocimiento está por debajo del sensacionalismo del poder y de la falta de poder.

El deseo de la mujer.

Es este apartado veremos las consecuencias de la complementaridad de género tradicional: el hombre expresa deseo y la mujer es su objeto.

También veremos el papel de la relación padre-hija en la construcción de la identidad femenina.

Analizaremos el sentido de la famosa pregunta de Freud, qué quieren las mujeres?

Según Freud las características principales de la feminidad son la renuncia de la capacidad sexual y la aceptación de su estatus de objeto. Él llegó a la conclusión clara que el largo camino hacia la feminidad culminaba en la aceptación de la pasividad sexual. De acuerdo con la teoría de Freud del desarrollo femenino la niña comienza originalmente como un "hombrecillo", es decir, cree que todos los seres humanos tienen pene. Ama a su madre activamente hasta que descubre, en la fase fálica, que tanto a ella como a su madre les falta el pene. Para volverse femenina tiene que hacer tres movimientos: 1) pasar de un modo activo a uno pasivo, en el momento en que cambia el foco de atención de la madre al padre, con la esperanza de recibir su falo, 2) pasar de un objetivo fálico (clitoridiano) a uno vaginal, y 3) de la madre (opción lesbiana/homosexual) al padre (opción heterosexual).

Aunque la imagen de mujer esta asociada con maternidad y fertilidad, la mujer no está articulada como sujeto sexual. La madre es una figura profundamente

desexualizada, y su poder no es propiamente suyo. Está al servicio de la criatura, tanto, que tiene que poder aceptar la abolición temporal de su voluntad, de entregar su cuerpo al nacimiento de una criatura, a vivir para otro. Si tuviera deseos sexuales, supondría una amenaza de autosuficiencia, de pasión, de incontrolabilidad; posibilidad molesta que ni el mismo psicoanálisis contempla.

Según Freud, en cambio, la mujer no tiene deseos propios y tiene que confiar en los de un hombre, con consecuencias desastrosas para su vida psíquica, está condenada a envidiar la corporalización del deseo que a ella se le escapará siempre. El deseo en la mujer aparece como envidia.

Los estudios de las autoras actuales se basan en teorías de la identidad de género que muestran que las criaturas consolidan un sentido del género fijo e inalterable durante los dos primeros años de vida (antes de las complicaciones del Edipo) (Stoller, Fast). También muestran que las criaturas se identifican primero con la madre, contradiciendo el punto de vista de Freud de que la identificación materna no es verdaderamente femenina (sólo lo son la envidia del pene y el amor pasivo por el padre). También aportan una revalorización de la madre que Freud había desconsiderado completamente.

Pero aún no hemos explicado como se origina la ausencia de deseo de la mujer. Chasseguet-Smirguel demuestra que la descripción de la mujer como castrada y sin poder es exactamente la contraria de la imagen inconsciente que tiene la criatura de la madre, que la ve como extremadamente poderosa. Esta no aparece faltada de órgano sexual, sino que lo que más teme es que su vagina se vuelva a tragar la criatura. El significado del pene como revolución y separación deriva, pues, de la fantasía de poder materno. No de falta. Lowen también hable de este miedo inconsciente del hombre a la mujer. Y Chorodow explica que adoptar una posición de dominación es un mecanismo de defensa.

Dice que el padre no es poderoso sólo porque tienen un falo, sino porque él (con su falo) representa libertad de la dependencia de aquella poderosa madre de la infancia. El deseo de individuarse no representa sólo una expresión de hostilidad hacia la dependencia, sino que también expresa amor del mundo.

Una vez cogemos el punto de vista que el padre (no el falo) es el “locus de poder” podemos observar más detalladamente la relación de la hija con él.

La lucha de la criatura por la autonomía tiene lugar dentro del reino del cuerpo y de sus placeres. La madre que no experimenta su propia voluntad y cuerpo como fuente de placer, que no disfruta de su propia capacidad, no puede reconocer la sexualidad de su hija. Pero al girarse de una madre así hacia el padre, la niña a menudo se tiene que enfrentar con el dilema que él la humillará con su feminidad, la disminuirá, la forzarán a someterse. Teme que la tratará tal como lo ha visto tratar a su madre.

Esto abre el tema del dilema común que tiene que enfrentar una hija: ¿como ser sujeto en relación al padre (o a cualquier hombre como el padre)? ¿Cómo

ser como el padre y poderse mantener mujer? La identificación de la feminidad con la sumisión, ejemplificada por la madre hace difícil encontrar otra identidad.

Este dilema nos muestra lo problemático que es para una mujer identificarse con el padre como manera de separarse cuando la relación padre-madre es una relación de desigualdad, cuando la madre no es sujeto, pero así y todo tiene poder sobre la hija. Este dilema lleva al corte entre autonomía y sexualidad.

La criatura de ambos sexos tiene necesidad de identificarse con el padre en tanto que representante del mundo exterior. El padre se experimenta como excitante, estimulante y separado. La manera de jugar de los padres es distinta de la de las madres, es más agresiva. Las madres hacen un papel más de consolar, cuidar, tranquilizar, contener y coger la criatura.

Antes de continuar tenemos que hacer un resumen de la teoría de Mahler sobre la individuación. Ella entiende que desde la simbiosis hasta la separación- individuación la criatura pasa por cuatro subfases: antes de las cuales hay el autismo normal o simbiosis. 1a. Etapa de diferenciación, de los 4-5 meses hasta los 9-10; 2a. etapa: Periodo de ejercitación, de los 9-10 meses hasta los 16-18. La criatura vive una aventura amorosa con el mundo. Emocionalmente independiente; 3a. Reaproximación, de los 16-18 al 3r. año. Fase delicada donde tiene lugar un proceso que dará lugar a la salud mental o psicopatología posterior; y 4a. Constancia objetal.

El periodo de reaproximación es un periodo crítico tal como hemos anunciado (tanto que se le podría dar el nombre de "complejo de reaproximación" rivalizando con el de Edipo, pero observamos que se sitúa justo en una etapa anterior, es decir, es preedípico). En esta subfase la criatura experimenta por primera vez su propia actividad y voluntad y también sus propias limitaciones. Esto pasa de tal manera que la criatura necesita confirmaciones continuas de sus acciones, cosa que hace que la madre pueda estar fácilmente desconcertada porque la criatura se había mostrado más autónoma en la fase anterior, y ahora no entiende porque le pide tanta atención. Por eso se llama reaproximación. En esta fase la criatura está más vulnerable, muy sensible a la aprobación y desaprobación de los padres. Su narcisismo queda fácilmente herido y se tiene que reparar contantemente confirmándole que puede hacer cosas. En este momento tiene lugar la conciencia de la identidad sexual. En este momento también aparecen las primeras depresiones infantiles, sobretodo en las niñas.

Lo que realmente quiere la criatura en esta etapa de la vida es el reconocimiento del propio deseo. En la comprensión de esta fase es donde encontraremos respuesta al problema del deseo de la mujer. Porque es justamente en este punto que el deseo entra en juego, que la conciencia de las diferencias de género empieza a tener lugar en la psique. Ahora cada figura parental representa un lado del conflicto mental entre dependencia e independencia.

Pues bien, el padre idealizado es el que resuelve la paradoja de la fase de reaproximación, la paradoja que la criatura necesita ser reconocida como independiente por la persona de la que depende.

El padre tiene un papel asimétrico para las criaturas niño y niña. Las niñas no pueden utilizar el padre tan fácilmente en su separación de la madre, o para defenderse contra sentimientos de desesperanza.

Los niños resuelven el conflicto de la “independencia” girándose hacia alguien distinto, el padre. El reconocimiento de sí mismo en el padre es el que permite al niño negar la vulnerabilidad, sentir que es poderoso, protegerse de la pérdida de la grandiosidad de la que había gozado en la etapa de ejercitación. Pero el reconocimiento del padre tiene un aspecto defensivo: con él niega la dependencia y se disocia de su vínculo anterior con la madre. El padre se convierte en una especie de salvador que resuelve el conflicto insoluble de la reaproximación: el conflicto entre el deseo de agarrarse a la madre, y el deseo de marchar de ella.

La solución a este dilema es el “split”, corte que consiste en asignar los distintos esfuerzos a las distintas figuras parentales. Esquemáticamente, la madre puede convertirse en objeto de deseo, y el padre en el sujeto en el que uno se reconoce. Vemos, pues, que la separación-individuación está completamente ligada a la problemática del género; y el reconocimiento y la independencia están organizados dentro del marco del género.

En la etapa de reaproximación la historia de amor con el mundo del niño en la fase de ejercitación precedente, se convierte en un amor homoerótico por el padre, mediante el que se crea su identidad masculina y mantiene el narcisismo. Este amor identificatorio entre padre e hijo es el prototipo de ideal de amor. Subyacente al amor indentificatorio y al amor ideal hay el deseo de reconocimiento.

El padre que falta

Una consecuencia del maternaje femenino es que el padre a menudo prefiere a los hijos varones, y estos tienden a formar un vínculo intenso con su padre. El padre también se identifica con su hijo, se reconoce en él desde el principio. En cambio las propias identificaciones del padre con su madre, y su necesidad continua de afirmar la diferencia, hace difícil para él que pueda reconocer a la hija como al hijo. Es más probable que la vea como cosa dulce y adorable, un objeto sexual naciente.

Como que no puede contar con el padre, la niña vuelve hacia la madre, pero tiene que renunciar a sus aspiraciones de independencia y se tiene que tragar la rabia por el no reconocimiento. Esto explica las respuestas depresivas de la fase de reaproximación.

Las niñas son confrontadas más directamente con las dificultades de separarse de la madre y con su propia vulnerabilidad. La poca disponibilidad del padre como presencia fiable (menos disponible para la hija que para el hijo). Y con una madre que también está menos disponible para ella que para su hijo, lleva a las niñas a renunciar a su derecho al deseo y a desarrollar tendencias hacia un amor idealizado. El amor adulto ideal es aquel en que una mujer se enamora de un héroe que rechaza el amor y escoge la libertad. O bien a recoger las migajas.

El cambio de foco del padre, excitante en general, hacia su falo, es precisamente lo que pasa cuando el padre “falta”, es decir, cuando está ausente o no está implicado, o bien le ofrece seducción en vez de identificación. Benjamin propone que la “falta” de la niña es el espacio dejado en su subjetividad por el padre que falta, y que esto es lo que la teoría de la envidia del pene pretende explicar.

Freud se preguntaba porque la niña pequeña se gira hacia el padre en la fase edípica, y se lo explicaba como deseo narcisista de tener pene. Ahora se puede explicara así: el amor preedípico identificatorio de la niña se convierte en la base del posterior amor heterosexual. Cuando la niña se da cuenta que no puede ser el padre lo quiere tener.

De toda maneras el deseo de la criatura es tenerlos a ambos: madre y padre, igualdad y diferencia. Las criaturas se esfuerzan por mantener la identificación con los dos sexos, para tener a los dos padres disponibles para el afecto y el reconocimiento. Las identificaciones sexuales aun no se han endurecido en polaridades.

Respecto a esta etapa Chorodow hace un par de observaciones. Primero se pregunta: ¿Qué es la seducción apropiada del padre por la hija? teniendo en cuenta que cada vez somos más conscientes del incesto, los abusos sexuales y la objetificación sexual de las niñas. Segundo, las estadísticas demuestran que cuando hay dificultades en la pareja los padres tienden más a mostrar la hostilidad hacia las hijas. Pero hay más, se divorcian menos si hay hijos.

Nuestra cultura está impregnada de idealización del padre y de devaluación de la madre y esto constituye un profundo corte que ha dado forma a nuestra noción de individuo.

Contribuyen a la devaluación de la feminidad: el modo defensivo en que el padre rechaza a la madre, la idealización del padre en el amor identificatorio y la confirmación que la dependencia y la independencia son dos polos mutuamente excluyentes más que una tensión unificada.

El problema del deseo en la mujer nos ha llevado al padre ausente.

La solución “real” al dilema del deseo de la mujer tiene que incluir una madre que esté articulada como sujeto sexual, una que exprese sus propios deseos.

La experiencia de la criatura de un corte entre una madre que contiene y un padre que excita sólo se puede resolver si cada figura mantiene una identificación cruzada y proporciona un ejemplo de integración más que de complementariedad.

En términos freudianos la identificación paterna de la niña y su sentido de eficiencia era considerada un complejo neurótico de masculinidad. Se tenía que sustituir por un anhelo pasivo por el padre -su falo y su bebé.

La desviación de un amor identificatorio de la etapa de reaproximación con el mundo exterior excitante, hiere el sentido de efectividad de una criatura, sobretudo el sentido de efectividad sexual. Una decepción así puede llevar a relaciones de subordinación. Esta solución ha sido la norma para las mujeres. Pero las mujeres buscan un tipo de reparación. Están atraídas hacia el amor ideal como una segunda oportunidad para conseguir una identificación padre-hija de larga duración en que su propio deseo y subjetividad puedan finalmente ser reconocidos y realizados.

La creencia que el hombre le proporcionará acceso al mundo que de otra manera está cerrado para ella es uno de los grandes motivos del amor ideal.

Sobretudo la madre que puede tolerar la agresión de la criatura, que le permite luchar con ella, que puede absorber y apreciar, y aún poner límites a la excitación y agresión, es el otro sujeto que se busca en la lucha por el reconocimiento. Para las mujeres los fracasos en el reconocimiento no pueden ser completamente reparados con la identificación con el hombre. Tienen que confrontar el requerimiento paradójico de separarse e identificarse simultáneamente con la madre.

Resumen: la valoración de la experiencia preedípica nos ha permitido explicar las aspiraciones "masculinas" de las niñas - su tendencia a identificarse con el padre así como con la madre- como evolución legítima de su desarrollo psíquico. Recordemos que reconocimiento equivale a amor identificatorio. Pero cuando el amor identificatorio se frustra en la infancia queda asociado al anhelo inalcanzable y a la autohumillación.

Las oportunidades para la afirmación y el reconocimiento posteriores a la vida a menudo no son suficientes para deshacer esta tendencia a la sumisión. Si el amor identificatorio tiene éxito, junto con el placer de la identificación mutua, la identificación puede servir como vehículo para desarrollar la propia eficiencia y deseo. Pero cuando el amor identificatorio no es satisfecho en este contexto de reconocimiento mutuo -como sucede con frecuencia para las niñas- emerge más tarde como amor ideal el deseo de encontrar en el otro la propia eficiencia.

Para la hija la constelación de una madre faltada de subjetividad y un padre que posee presenta una opción especialmente difícil. Incluso si la hija recibe la bendición del padre. Resolver la identificación con cada figura parental es una tarea difícil. Tiene que intentar sintetizar la subjetividad con la feminidad.

Un deseo propio

El falo adquiere su poder como reacción defensiva al poder materno y como elemento de excitación que contrasta con la contención materna.

La respuesta es la intersubjetividad, que se refiere a la experiencia entre e intra los individuos. Se refiere al sentido del yo y el otro que evoluciona mediante la consciencia que mentes separadas pueden compartir los mismos sentimientos e intenciones, a través del reconocimiento mutuo.

Benjamin propone que el reconocimiento del otro es el aspecto decisivo de la diferenciación. El deseo simultáneo de pérdida del yo y de completitud con el otro, la unión erótica, es realmente una forma de deseo de reconocimiento. Al obtener placer con el otro y del otro nos implicamos en el reconocimiento mutuo.

El misterio del Edipo

El complejo de Edipo presenta un problema profundo: el corte entre un padre de liberación y una madre de dependencia (el poder del padre liberador se utiliza contra la madre absorbente).

Esto significa que para ser sujeto de deseo hay que repudiar el rol maternal y la misma identidad femenina.

Según Freud el complejo de Edipo es el punto nodal del desarrollo, el lugar en que la criatura encuentra la diferencia generacional y la sexual.

El Edipo contiene una idea del padre como protector contra el “narcisismo ilimitado”, autoriza su idealización y la denigración de la madre.

En el corazón del psicoanálisis hay una paradoja: la creación de la diferencia distorsiona, más que promueve, el reconocimiento del otro.

En el Edipo el aspecto defensivo queda mucho más pronunciado. El niño no sólo se tiene que desidentificar de la madre. La repudia, así como todos sus atributos femeninos. El corte incipiente de la madre como fuente de “bondad” y el padre como principio de individuación, se endurece en una polaridad en que la “bondad” es redefinida como una amenaza de seducción a la autonomía. Por tanto se forma el ideal paterno de separación que incorpora el rechazo de la feminidad.

Cada idealización se defiende contra alguna cosa. La idealización del padre enmascara el miedo de la criatura de su poder. El mito de la buena autoridad paterna, que es racional y evita la regresión, expía el padre de todo el terror y lo desplaza hacia la madre, de manera que ella lleva la “maldad” de ambos. Pero no olvidemos el terror que puede llegar a provocar el padre. El mismo mito de la orda primitiva y que los hijos tienen que matar al padre da fe de ello.

En definitiva cuando se presenta el mito de la buena autoridad paterna, se está presentando una visión saneada de la autoridad edípica, que niega el miedo y la sumisión que el poder paterno han inspirado históricamente. También se ignora el papel que él juega en el mantenimiento de esta fantasía.

La realidad es bien distinta. Freud hizo una lectura particular del mito de Edipo, en que pasaba por alto la transgresión del padre: el intento de Layo de asesinar a Edipo en la infancia. Si consideramos esta lectura aparece una lectura bien distinta.

Layo aparece como un padre que intenta eludir lo que es, de alguna manera, el destino de todos los padres: morir y ser desbancado por los hijos. El padre edípico no puede abandonar la omnipotencia.

Edipo también aparece bajo una luz diferente, él también intenta evadir la profecía, porque se quedaría sin la autoridad que le protege, el ideal que le da vida.

La autoridad paterna, pues, es una red emocional mucho más compleja de lo que sus defensores admiten. La necesidad que tienen los hijos de sostener el vínculo con el padre, imposibilita que los hijos reconozcan el lado asesino de la autoridad. En vez de esto, crean la "Ley del padre".

El peligro de la idealización aparece en la vida adulta de la siguiente manera. Cuando no podemos vivir de acuerdo con nuestro ideal, y, por tanto, hacemos de la persona amada el/ la sustituto/a de algún ego ideal que nosotros mismos no hemos logrado, este amor ideal puede ser más fuerte que el deseo de satisfacción sexual.

Si el amor ideal primario es gratificado puede formar la base para la autonomía.

Por el contrario, la aceptación del fascismo está causada por la falta de amor de identificación, el anhelo insatisfecho de reconocimiento de un padre idealizado, pero menos autoritario y primario. Si la criatura no recibe este reconocimiento, el padre se convierte en una figura distante e inalcanzable. La combinación de decepción narcisista y miedo a la autoridad producen esta especie de admiración mezclada con miedo que los estudiosos del fascismo han encontrado en las personas seguidoras de un líder.

En la versión más común del modelo edípico, la existencia de un padre arcaico y peligroso está completamente tapada, y el corte entre un padre bueno y uno malo es reformulado como una oposición entre un padre posesivo edípico, y una madre regresiva arcaica. Esta oposición es el problema más serio de la teoría psicoanalítica; analizándolo podremos empezar a desembrollar el gran misterio del sexo.

La clave del modelo edípico es que ve la madre y la feminidad como asociada a una unidad oceánica, un narcisismo ilimitado que nos seduce inevitablemente, un peligro del que nos tiene que salvar la separación del padre. Parece que la evocación del peligro de la mujer es un mito que hace mucho tiempo que legitima la subordinación.

Tanto la simbiosis pura como la autosuficiencia son extremos que son negaciones defensivas de la diferencia y la dependencia.

Pero la devaluación de la feminidad mina justamente lo que se supone que tiene que conseguir el complejo de Edipo: la diferencia, la tensión erótica, y el equilibrio de fuerzas intrapsíquicas.

El ideal edípico de la individualidad excluye toda dependencia de la definición de autonomía.

Es conocida la envidia del hombre de la fecundidad y la capacidad de producir alimento de la mujer. El miedo a que les corten el pene difícilmente esta asociada con el miedo a estar "separado" de la fuente de bondad.

La identificación exclusiva del niño con el padre es al precio de renunciar a toda feminidad. En la medida que el niño se aleja de la madre habrá llegado a ser, con éxito, un individuo.

La negación más fuerte de la subjetividad de la madre es la insistencia de Freud que para las criaturas los genitales femeninos no existen.

La teoría de la mujer castrada es en sí un ejemplo de esta negación: de la madre del inconsciente, una figura que asusta y es poderosa creada desde la dependencia más vulnerable del infante.

Así pues, el complejo de Edipo no resuelve finalmente el problema de la diferencia, de reconocer el otro. La madre es devaluada, su poder y deseo están transferidos al padre idealizado y su nutrición es inaccesible. El mismo falo que simboliza la diferencia y la realidad, también significa poder y repudio contra las mujeres. Niega la sexualidad independiente de las mujeres porque asume el poder de representarla (representa ambas sexualidades). Así pues, la masculinidad es definida en oposición a la feminidad, y el género está organizado como una polaridad en que un lado está devaluada y el otro idealizado.

Un periodo más largo de "bisexualidad", de permitir que coexistan la identificación femenina y la masculina ayudaría a los niños a convertirse en más diferenciados de la madre y evitaría la necesidad de defensas tales como el repudio, la distancia, el control.

Haría falta buscar una salida en el periodo de desarrollo anterior, entre la primera desidentificación y la separación edípica hay una fase de identificación secundaria con la feminidad que es negligida, y es una fase juguetona. Hacer

entrar prematuramente en el Edipo lleva al repudio más que al reconocimiento del otro. La devaluación de la necesidad del otro se convierte en la piedra de toque de la masculinidad adulta.

A medida que damos un valor superior al mundo preedípico, a una aceptación más flexible de la diferencia, vemos que la diferencia sólo está verdaderamente establecida cuando existe en tensión con la igualdad, cuando podemos reconocer al otro en nosotros/as mismas/as.

La profunda fuente de descontento en nuestra cultura no es la represión o el narcisismo, sino la polaridad de género.

Muchos de los síntomas persistentes de este descontento -el menosprecio por el necesitado y dependiente, el énfasis en la autoconfianza individual, el rechazo de las formas sociales de proporcionar nutrición- no están visiblemente conectadas al género. El hecho que estas actitudes sean casi tan comunes entre los hombres como entre las mujeres, señalan la mentalidad de oposición libertad contra nutrición, el ideal del individuo autosuficiente continua dominando nuestro discurso.

A pesar de la apariencia de neutralidad de género y que podemos hacer lo que queramos, la polaridad de género persiste. Y crea una división dolorosa dentro del yo, y entre el yo y el otro; frustra constantemente nuestros esfuerzos por reconocernos en el mundo y en cada uno.

El modelo edípico apunta más allá de la forma obvia. Apunta a una versión de la dominación del hombre que funciona a través del ideal cultural, del ideal de la individualidad y la racionalidad que sobrevive incluso a la disminución de la autoridad paterna y la creación de estructuras familiares más equitativas.

Lo que sostiene el ideal edípico es la confusión entre pérdida total del yo y dependencia.

La visión de una unidad perfecta con la madre es un ideal que proyectamos al pasado, pero esto continua siendo una defensa contra la dependencia total absoluta que sentíamos como bebés de que alguien reconociera nuestras necesidades y les diera satisfacción, y ante la conciencia de que uno/a no tiene la fuente de satisfacción dentro.

Así pues, la independencia perjudica a los individuos cuando pierden acceso a las formas internas y externas de identificación maternal, les perjudica porque estimula un nuevo tipo de desesperanza que tiene que ser contrarrestada por una idealización del control y la autosuficiencia cada vez mayores.

Para un yo flexible la experiencia de unión es simplemente una excursión (el yo flexible es el que ni teme al deseo ni está embriagado por el ideal). El sentimiento de perderse en la unión erótica no borra el yo que tiene un sentido de distinción. Uno no se pierde realmente.

Pero cuando el deseo de reunión inalcanzable está construido como un absoluto, parece ser nuestro anhelo más profundo, mientras que la diferenciación parece estar impuesta desde fuera. Y la autonomía, aunque en conflicto con nuestro deseo más profundo, es el objetivo necesario de la madurez.

El foco en la lucha preedípica ha traído una conciencia creciente de la fuerza y la validez de otra lucha, la lucha por la unidad, simbiosis, identificación.

La validación de esta fuerza nos ayuda a corregir el repudio de lo materno que estaba en la base del racionalismo del psicoanálisis. Abre el espacio para la continuidad corporal con otro, incluye la experiencia intersubjetiva del reconocimiento y todos los elementos emocionales que van con el apreciar, cuidar, tocar y responder al otro, muchos de los cuales se desarrollan en la infancia. (Y son patrimonio del AB).

También podemos conceptualizar una fase postedípica de separación en la que la muerte metafórica de los padres como los seres queridos que son nuestros responsables, está acompañada del gozo de la supervivencia exitosa y la pena de la pérdida. Este gozo y pena pueden estar, al menos parcialmente desligadas de las imágenes arcaicas polarizadas de reunión y separación, asesinato y culpa, y sentirse como una ambivalencia consciente. Esto permitiría que los hijos y las hijas se hicieran responsables de sus propios deseos, respondiendo a ellos, -no renunciando. Permite la posibilidad de una separación postedípica en que los individuos puedan girarse y mirar a sus padres, y valorar críticamente su legado, más que simplemente identificarse con su autoridad.

Revelarse contra el padre, entonces, aparece como un estadio en la vida más que como una transgresión que hay que castigar con la muerte.

El rompimiento de la autoridad paterna y la búsqueda resultante de un camino distinto para la individuación son el contexto de la controversia actual entre Edipo y Narciso.

Los tres pilares básicos de la teoría del Edipo eran: la primacía del deseo de unidad, la corporalización de la madre de esta fuerza regresiva, y la necesidad de intervención paterna - todos se combinaban para crear la paradoja que la única liberación es la dominación paterna.

Si vamos más allá del Edipo lo que vemos es una lucha directa por el reconocimiento entre el hombre y la mujer libre de la sombra del padre que cae entre ellos. Rechazando la falsa premisa de la autoridad paterna como el único camino hacia la libertad, podemos recuperar la promesa que la teoría edípica no ha cumplido: aceptar la diferencia.

Género y dominación

El corte de la polaridad de género se repite en la vida intelectual y social y elimina las posibilidades de reconocimiento mutuo en la sociedad como un todo.

La idea de individuo en el pensamiento liberal actual está tácitamente definida como masculina, incluso cuando hay mujeres incluidas.

El mismo concepto de individuo es masculino, con la racionalidad, que reduce el mundo social a objetos de intercambio, cálculo y control, es, de hecho, racionalidad masculina.

La destrucción de los valores maternos no es el resultado de la liberación de la mujer. Es la consecuencia de la ascendencia de la racionalidad masculina.

Por racionalidad entendemos el concepto de Weber: es el proceso según el cual los modos de interacción abstractos, calculados y despersonalizados sustituyen a los que estaban fundados en relaciones personales y en la autoridad tradicional y las creencias.

La dominación masculina, como la dominación de clases, deja de ser función de las relaciones de poder personal, para pasar a ser algo inherente a las estructuras sociales. Es este carácter objetivo lo que está reconocido como la característica de masculino.

Invisible, la estructura de dominación de género está materializada en la racionalidad que impregna nuestras relaciones económicas y sociales.

Marcuse: la negación de la dependencia es central al ideal burgués de libertad individual. El ideal individual burgués está creado por una abstracción que niega su dependencia real y su subordinación social. El núcleo psicosocial de esta individualidad sin trabas es la subyugación de la mujer por el hombre, a través del cual aparece que ella es posesión del hombre, y por tanto que él o es dependiente de ella, o no está ligado a nadie más que a sí mismo.

Por otro lado la necesidad del núcleo interno no puede ser revelada en público, excepto como debilidad. La madre-esposa ideal protege al individuo autónomo de tener que admitir sus necesidades, satisfaciéndolas antes.

El miedo a que las mujeres se marchen de casa expresa una realidad psíquica, pero no es el hecho que las mujeres salgan de casa lo que estimula este miedo. Más bien la división social del género -con su idealización de la individualidad autónoma- está en falta, llevando a la pérdida de la primera nutrición materna, que es lo primero que quiere proteger.

Los problemas reales que hacen peligrar a las madres y a los bebés - guarderías inadecuadas, cuidados médicos inalcanzables, falta de bajas adecuadas por maternidad y de horario laboral flexible- esconden el ideal de maternidad, la visión de la familia autosuficiente protegida por un ángel de la casa omnicompetente.

La criatura solo puede percibir a la madre como un sujeto de pleno derecho si la madre es uno. Y aquí tenemos que dejar claro que la subjetividad de la madre (en contraste con el ideal materno) tiene que incluir imperfecciones para ser real, a sí misma, y a la criatura.

La reorganización de la maternidad/paternidad en las familias no puede eliminar completamente los efectos de la oposición binaria (dependencia-independencia) -aunque puede amortiguar el corte que está por debajo, y debilitar la convicción de que es una función.

La característica central del sistema de género -promoviendo la masculinidad como separación de y la femineidad como continuidad con el lazo primario- se mantiene incluso cuando padre y madre participan por igual en este lazo.

De la oposición primaria, a nivel psíquico, se le llama splitting, y tiene un análogo, el patrón de cada forma de dominación, que finalmente priva tanto al dominador como al dominado del reconocimiento.

Al crear un mundo cada vez más objetivado nos priva del contexto intersubjetivo en que la afirmación recibe una respuesta de reconocimiento. Tenemos que enfrentar la enormidad de esta pérdida.

La estructura resultante de sujeto y objeto (la polaridad de género) impregna ampliamente nuestras relaciones sociales, nuestro aprendizaje, nuestros esfuerzos por transformar y controlar el mundo, y es esta lógica del género la que en último extremo hipoteca el reinado intersubjetivo -el espacio en el que el reconocimiento mutuo de sujetos pueda competir con la relación reversible de dominación.

La negación de la subjetividad a las mujeres significa que el privilegio y el poder de la capacidad recaen en el padre, que entra en escena como el primer extranjero, y por tanto representa el principio de libertad como negación de la dependencia. Pero irónicamente, el ideal de libertad lleva dentro las semillas de la dominación- libertad significa rechazar o subyugar al otro, autonomía significa escaparse de la dependencia.

Para parar este ciclo de dominación, el otro se tiene que diferenciar. Las mujeres tienen que afirmar su subjetividad y ser capaces de sobrevivir a la destrucción.

La visión del reconocimiento entre sujetos iguales da lugar a una lógica nueva -la lógica de la paradoja, de sostener la tensión entre fuerzas contradictorias. La paradoja más fatídica es la que se nos crea por nuestra necesidad simultánea de reconocimiento e independencia, ya que la otra persona está fuera de nuestro control y aun así la necesitamos. Abrazar esta paradoja es el primer paso hacia desembrollar los lazos del amor. Esto significa no deshacer nuestros lazos con los otros sino más bien desembrollarlos; hacer de ellos, no manillas sino circuitos de reconocimiento.

Concepció Garriga

Bibliografía:

BENJAMIN, J. (Buenos Aires 1996) "Los lazos del amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación" Paidós. Biblioteca Profunda.

CHORODOW, N. (London 1994) "Femininities, masculinities, sexualities. Freud and Beyond" Free Association Books

LOWEN, A. (New York 1965) "Love and orgasm. A revolutionary guide to sexual fulfillment" Collier Books